

El lenguaje de la política

MARK THOMPSON

A diferencia de los políticos convencionales, Trump acude al exabrupto y las medias verdades para parecer auténtico. Su aparente desprecio por la retórica pone en evidencia una crisis del lenguaje público que es urgente atender.



E

N 2016 APARECIÓ, en inglés, mi libro *Sin palabras. ¿Qué ha pasado con el lenguaje de la política?* En él apenas pude reflejar las decisiones sobre el Brexit, y tuve que cambiar las pruebas finales pocos días después de la votación. Pero las elecciones en Estados Unidos estaban a varios meses de distancia.

Pensaba que Donald Trump tenía más posibilidades de ganar de las que le daba la mayoría de la gente, en buena medida porque me parecía que había encontrado una fórmula retórica que, a pesar de su increíble riesgo, era, en potencia, una fuerza perturbadora y casi imparable.

A esta historia aún le queda mucho por andar, pero ahora sabemos más de lo que sabíamos en junio, así que analicemos algunos rasgos claves de la revolución retórica de Trump. El primero es una paradoja. Donald Trump asegura que no utiliza la retórica. El día de la inauguración, dijo a Estados Unidos: “Los tiempos de las palabras vacías han terminado. Ahora llega la hora de la acción.”

La retórica es para los demás. Yo soy un hombre de acción. Eso es lo que Marco Antonio dice a la mitad de su monólogo “Amigos y romanos, compatriotas”: “Orador no soy, cual Bruto, / sino, cual todos me conocen, franco, / hombre sencillo.” Es lo mismo que Silvio Berlusconi, otro empresario convertido en prototrupiano, dijo alguna vez al pueblo italiano: “Si hay algo que no soporto es la retórica, lo único que me importa es lo que se necesita hacer.”

Algunos de los enemigos de Donald Trump, sobre todo quienes aprecian la magnífica oratoria de anteriores presidentes, podrían sentir la tentación de coincidir en que su forma de hablar en público no alcanza a la categoría de retórica.

Pero se equivocarían. Y él está equivocado.

A pesar de esas protestas, la anti-retórica es solo otra forma de retórica. Así que abramos el capó para echar un vistazo a la retórica trumpiana.

Al hombre fuerte, al general, al dictador y, hoy en día, al presidente de una corporación que se mete en la política, le gusta mantener el discurso breve y amable. Cuando Julio César se iba a la guerra, le gustaba mantener su marca bien bruñida en Roma, así que

escribía cartas y despachos con el suficiente peso para que las clavetearan en las esquinas de las calles.

No era necesario ese lenguaje florido que siempre andaba soltando aquel escurridizo abogado Marco Tulio Cicerón. En su lugar: *Veni, vidi, vici*. “Vine, vi y vencí.”

“Tenemos que levantar un muro, amigos. Tenemos que levantar un muro y los muros funcionan. Solo tienen que ir a Israel y preguntar: ¿qué tal les va con su muro? Los muros funcionan.” Ese es Donald Trump dirigiéndose a sus seguidores en Dallas, en septiembre de 2015. Trump está usando, ya sea de forma consciente o inconsciente, un estilo que los estudiantes de retórica llaman *parataxis*: oraciones cortas, sencillas, que enfatizan la seguridad y la determinación y que pueden apilarse como los ladrillos de un muro para llegar a una conclusión que tiene lógica lingüística, aun cuando carezca de argumento dialéctico. En este caso, la aliteración, con todas las *w* de *wall* y la palabra *works*, ayuda.

Al margen de lo que pensemos de este estilo retórico, fue lo bastante eficaz como para ganar una elección presidencial. Aunque está claro que también tiene desventajas.

No se puede transmitir un pensamiento complejo ni realizar un debate sofisticado, de hecho, incluso la sola idea de intentarlo traicionaría el estilo. Quizás esta es una de las razones por las que el presidente se irrita tanto cuando sus oponentes o los medios lo retan con una argumentación sistemática o, Dios no lo quiera, con los hechos reales.

Y es muy difícil lograr semejante estilo. Un reto práctico para el nuevo presidente es que ninguno de sus lugartenientes (ciertamente no Sean Spicer, ese desventurado secretario de Prensa de la Casa Blanca) puede imitarlo con éxito. O como dijo otra persona clave de su equipo, Kellyanne Conway: “ninguno de nosotros lo hace como él”. Nadie puede hacer de Trump tan bien como Trump.

La mayoría de los presidentes delega sus mensajes a sus subordinados. Dado que gran parte de la credibilidad con sus seguidores depende del singular estilo de su discurso político, es muy probable que Donald Trump tenga que hablar por sí mismo.

Quizás está a la altura de la tarea. Ahora mismo, este ejército de un hombre está taladrando los tímpanos de Estados Unidos con lo que se ha convertido en una *blitzkrieg* retórica —veinticuatro horas al día, siete días a la semana— de discursos presidenciales, ruedas de prensa, mítines políticos como si estuviera en campaña, tuits y frases improvisadas.

Si uno de sus ataques se queda atascado o es repelido, lanza otros tres, como cuando era candidato. Incluso el frenesí de órdenes ejecutivas parece, en principio, tener una intención más retórica que



administrativa, aunque algunas, por supuesto, han tenido efectos inmediatos en la realidad.

La exageración, la distorsión, el despliegue temerario de rumores carentes de base y teorías de la conspiración como si fueran hechos: hablé de todas esas tendencias de la retórica política contemporánea en mis conferencias de 2012 y en mi libro. Hoy son elementos centrales no solo de los tuits matinales de Donald Trump sino de su retórica formal como presidente.

En su discurso inaugural describió a su país, que pese a sus problemas es uno de los más exitosos y prósperos en el mundo, en términos apocalípticos: “Esta matanza estadounidense termina aquí y termina ahora.”

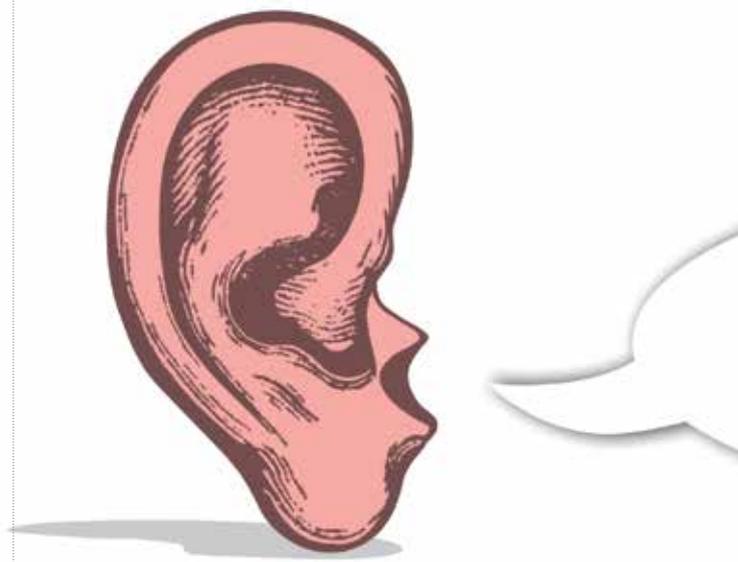
“Matanza estadounidense” es un ejemplo supremo de la inclinación del presidente Trump, implícita o explícita, a construir argumentos falaces desde lo particular hasta lo general. Si un inmigrante mexicano es un violador, todos lo son. Si algunos estadounidenses han perdido sus trabajos o han sido víctimas del crimen, entonces todo estadounidense, o al menos todo estadounidense “real”, vive en medio de la pobreza, el miedo y la matanza. La “propaganda de masas”, escribió Hannah Arendt a propósito de los regímenes totalitarios del siglo xx, “descubrió que su público estaba listo, en todo momento, para creer lo peor, sin importar lo absurdo que fuera, y que no objetaba en particular que se le engañase porque, de cualquier manera, sabía que cada declaración era una mentira”.

Pero hay algunos rasgos importantes de la retórica de Donald Trump que ciertamente no pude pronosticar. Un buen ejemplo es lo que se podría llamar —no sin cierta amabilidad— *indeterminación*, su tendencia a decir cosas diferentes, o incluso contradictorias, sobre el mismo tema con una distancia de días o incluso horas, o su tendencia a ir de la alabanza y la calidez a la repartición de culpas y la furia, sin que en apariencia eso moleste lo más mínimo a sus seguidores.

Los políticos convencionales suelen poner mucho énfasis en la consistencia. Solo cambian de táctica cuando creen que deben hacerlo y solo después de una reflexión cuidadosa y de analizar riesgos. También reprimen con diligencia su estado de ánimo o lo destilan en una esencia cuidadosamente calibrada y políticamente útil.

Ni Donald Trump ni su base se sienten atados a estas convenciones en lo más mínimo. Las políticas trumpianas son plásticas, maleables a casi cualquier grado y en cualquier momento. Si dice una cosa y después otra, la segunda no hace mucho por reemplazar a la primera sino que coexiste con ella.

Muchos observadores siguen analizando su retórica como si fuera un político tradicional. Así, se habló de su primer discurso ante el Congreso como si fuera un “giro” meditado, en sustancia y en estilo, hacia un



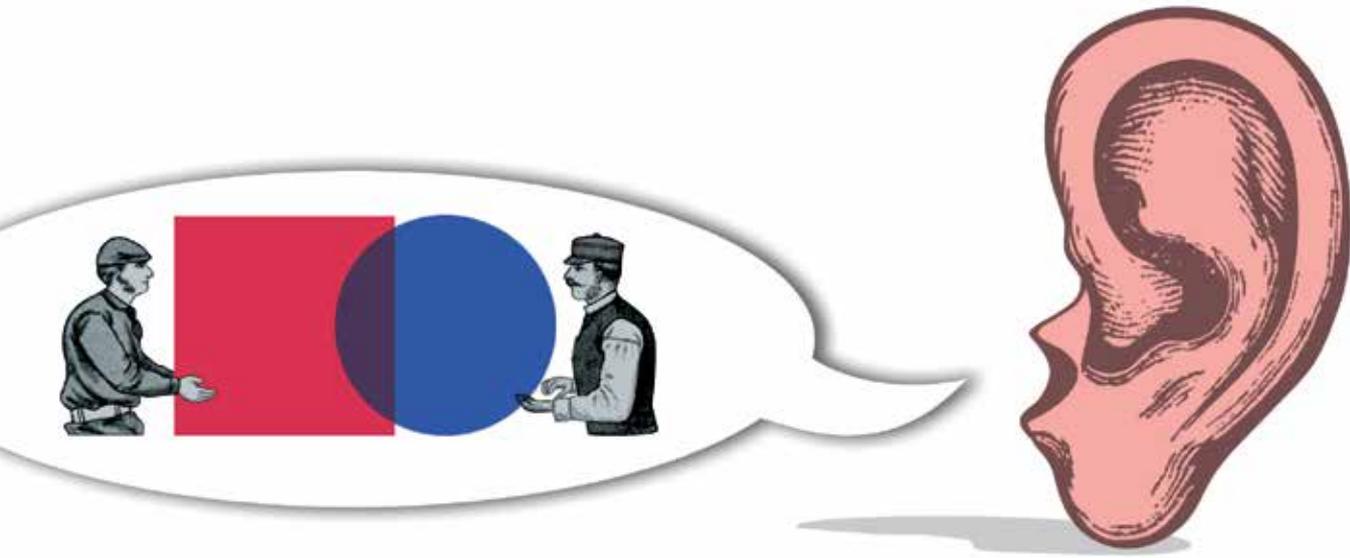
enfoque más presidencial. De ninguna manera: a los pocos días tuiteó sobre cómo su predecesor, Barack Obama, un “mal tipo (o un enfermo)”, supuestamente lo había espiado; una acusación de la que no se ha ofrecido ninguna evidencia. Los cambios en el estilo no son estratégicos, sino voces adicionales de una personalidad retórica múltiple.

Y mucho de lo que dice no trata en realidad de políticas sino que es parte de un flujo de boletines en tiempo real sobre su estado emocional. De ahí esos signos de exclamación en sus frases finales de Twitter: “¡Qué triste!”, “¡Trabajos!”, “¡No es así!”, “¡Qué deshonesto!” “¡QUÉ PELIGROSO!”, “¡Disfrútenlo!”

Para un segmento importante de Estados Unidos, este candor emocional, la informalidad, la espontaneidad, incluso la voluntad para contradecirse, revelan la *autenticidad* de Donald Trump. Es algo que les gusta y admiran.

Si no compartes su admiración, si no te atrae la forma en que Donald Trump, Nigel Farage y Marine Le Pen están socavando lo que sus defensores ven como las convenciones y desacreditadas retóricas de la política *mainstream* y lo que Steve Bannon llama “el Estado administrativo”, más vale que te pellizques. Quizá no seas una persona “real” en absoluto, sino un miembro de esas élites. Esta es la brecha que se abrió en Estados Unidos y Gran Bretaña en 2016.

Había un ambiente de incertidumbre cuando, semanas después de su victoria electoral, Donald Trump vino a comer al *New York Times* y pasó 75 minutos respondiendo preguntas. ¿Empleará la tortura? El



hombre que había elegido como secretario de Defensa, el general Jim Mattis, le había dicho que no daba resultados, así que tal vez no. Desde entonces, el tema ha vuelto a la mesa y se ha descartado por lo menos una vez más.

¿Llevará a Hillary Clinton a los tribunales, como prometió durante su campaña? “No quiero dañar a los Clinton, de verdad que no”, dijo el hombre al que la Constitución de Estados Unidos ordena “cuidar que las leyes sean ejecutadas fielmente”. Todo es subjetivo. Y subjetivamente válido solo en ese momento.

Donald Trump ve la política contemporánea como una lucha maniquea entre dos visiones opuestas del mundo: la de la élite liberal del *establishment*, que al parecer incluye a muchos republicanos y demócratas, y la de los “verdaderos” estadounidenses, cuya “voz” dice representar. Así que, para él, los hechos citados por el *establishment* son mentiras debido a la fuente de la que provienen, mientras que cualquier aseveración que concuerde con su propia visión del mundo —sin importar lo fantástica u objetivamente falsa que resulte— es, por definición, un “hecho”. Uno de los dichos del señor Trump es “todo es negociable”. Ese “todo” incluye la realidad. Si no te gustan los hechos, aquí tienes unos alternativos.

Lo más preocupante sobre la controversia de las “noticias falsas” no es que algunas personas diseminen mentiras en internet para obtener beneficios comerciales. Ni que las grandes plataformas digitales distribuyan sin discriminación lo bueno, lo malo y lo feo al mundo entero. Ni siquiera que Rusia esté desinformando deliberadamente para influir en las elecciones

occidentales. Sino que el hombre que hoy dirige el país más poderoso del mundo no parece reconocer o aceptar la naturaleza objetiva de la realidad. Donald Trump parece creer que tiene el poder divino de hacer que las cosas sean ciertas solo con decirlas. Y está claro que decenas de millones de estadounidenses consideran que la distorsionada versión de Trump de la realidad es más creíble que la que uno obtiene mirando el planeta Tierra.

“Quiero que todos sepan que estamos combatiendo las noticias falsas”, dijo Trump hace un par de meses en la Conferencia de Acción Política Conservadora. “Son falsas. Una farsa. Falsas.”

Lo dice todo sobre la intuitiva facilidad retórica del nuevo presidente, y sobre su falta de escrúpulos, que haya convertido con agilidad la frase “noticias falsas” en un palo para golpear a organizaciones periodísticas como *The New York Times*, organizaciones que, al margen de las cosas que hagan, tienen un cuidado inmenso para asegurarse de que cuentan lo que sucedió de verdad.

Donald Trump ha asegurado en varias ocasiones que el *Times* está perdiendo lectores y suscriptores. En realidad, lo que está sucediendo es exactamente lo contrario: en los últimos tres meses de 2016 tuvimos más suscriptores digitales nuevos que los que tuvimos durante los años 2013 y 2014 juntos. Otros medios serios también están teniendo audiencias más grandes y un mayor número de suscriptores.

Pero no debemos engañarnos: en Estados Unidos, la tradición de buscar los hechos y contar la verdad

que, con todas sus fragilidades, no tiene parangón en el mundo, está ahora bajo un ataque fundamental.

Recordemos que la confusión pública —a quién se le debe creer y, en última instancia, qué es verdadero y qué es falso— favorece asimétricamente al mentiroso. No se necesita creer por completo en la desinformación para que esta dañe a la democracia. Tan solo se necesita que siembre las dudas suficientes, en las mentes de suficientes personas, sobre la fiabilidad de las fuentes de información genuina para que toda la cuestión de la verdad se convierta en un permisible objeto de debate.

La desinformación busca igualar todo, perturbar y dividir. El año pasado hubo mucha desinformación en el debate sobre el Brexit y la indignación por el resultado persiste al día de hoy. Pero, al menos para mí, esta estrategia se sintió como un medio usado irresponsablemente, al calor de una campaña política, para alcanzar un fin.

Lo mismo se podría haber dicho de Donald Trump si la desinformación hubiera concluido con las campañas, pero no lo ha hecho. En cambio, parece que la desinformación deliberada será un rasgo central de la presidencia del señor Trump.

Esto no tendría mayor importancia si estuviéramos hablando de la Rusia de Vladimir Putin. El hecho de que esté sucediendo en Estados Unidos conduce, no solo a este país sino a todo el mundo occidental, hacia un territorio desconocido.

Tampoco sabemos hacia dónde nos conducirá el odio del presidente contra los que considera medios del *establishment*. En relación a lo que había dicho sobre modificar las leyes del libelo, cuando visitó *The New York Times*, le pregunté si apoyaba la primera enmienda de la Constitución —la libertad de prensa, en otras palabras—. “Creo que a ustedes les irá bien —dijo—. Creo que estarán bien.” Luego salió del edificio y dijo que la organización a la que había descrito esa misma mañana como el “*New York Times* en crisis” era una “joya” para Estados Unidos y para el mundo. Saquen sus propias conclusiones.



¿Qué nos puede decir sobre esto la larga historia de la retórica? Mi respuesta es: mucho. En *Sin palabras* pude rastrear los orígenes de la retórica y los asombrosos paralelismos entre las pasadas crisis del lenguaje público y nuestro problema actual.

Me limitaré a un solo momento, no del inicio de la historia de la retórica sino a un punto intermedio. Haremos una visita relámpago, no a Grecia ni a Roma, sino a Aix-la-Chapelle —la moderna Aquisgrán—, a la corte de Carlomagno, emperador y rey de los francos.

Carlomagno era un hombre ambicioso, pero no solo en cuanto a tierra y poder. Tenía la ambición de construir una civilización.

Sabía cuántos elementos esenciales de una sociedad bien ordenada se habían perdido con la caída de Roma y se dispuso a redescubrirlos y reconstruirlos. Pero no pensaba hacerlo solo: reunió en su corte a las mentes más brillantes del mundo conocido, incluyendo al monje y abad anglosajón Alcuino de York.

Pensemos en el rey franco y en su consejero inglés tratando de erigir de nuevo una vasta catedral con piedras desperdigadas. ¿Cuál debería ser la primera piedra, la piedra angular?

No era la ciencia ni la literatura ni la ley. Eligieron la retórica (para enseñarla, discutirla, desarrollarla y utilizarla). Aunque su definición de retórica era mucho más amplia que la que conocemos. La retórica, tal y como Carlomagno y Alcuino la entendían, nos ayuda a darle sentido al mundo y a compartir esa comprensión. También nos enseña a “prestar atención” al “lado contrario”, al otro.

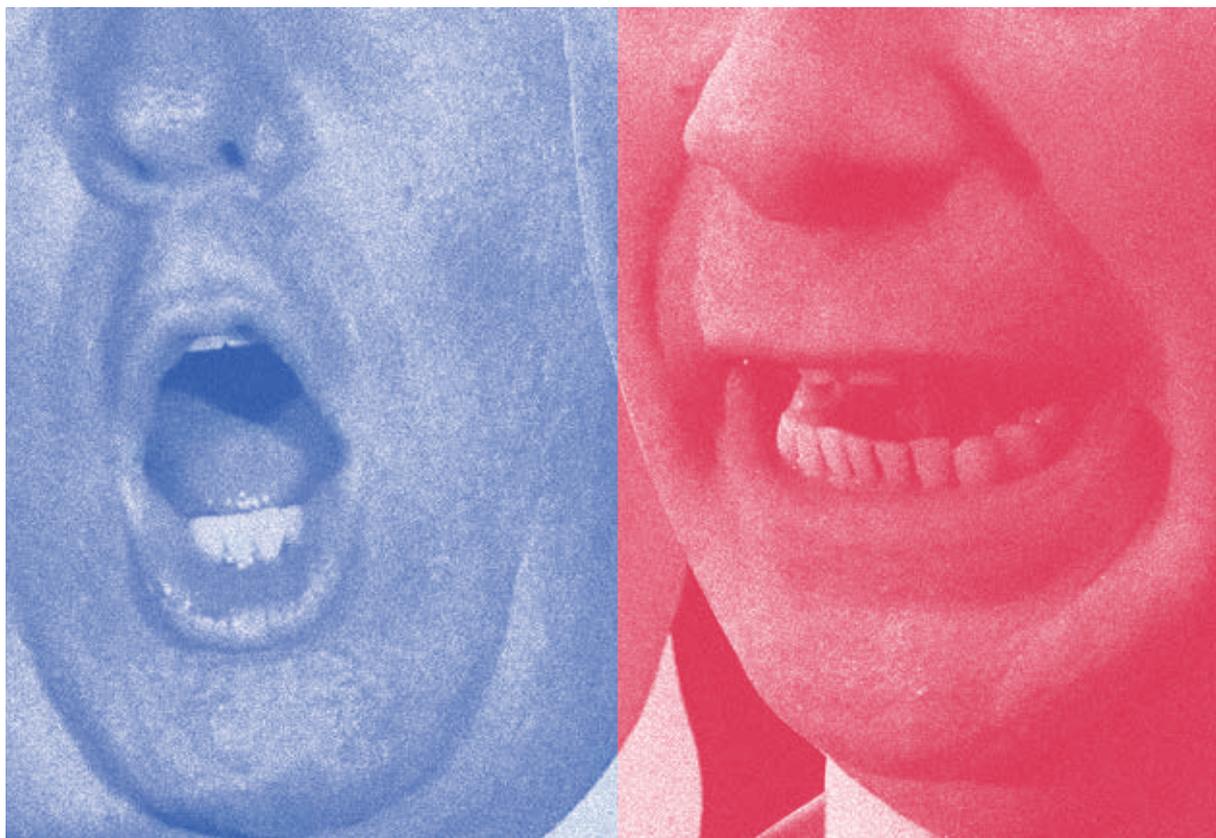
Acabamos de ver que en el Estados Unidos de Trump hay una fractura tan profunda en las percepciones de la realidad que los dos lados ni siquiera comparten los hechos.

Imaginemos a Carlomagno y a Alcuino empleando la retórica para conseguir exactamente el efecto contrario: permitir que diferentes tribus y grupos lingüísticos, con culturas y visiones distintas del mundo, pudieran “prestar atención” y “asimilarse” entre sí para utilizar, de este modo, ese entendimiento común como el fundamento del imperio de la ley, el gobierno estable y la prosperidad.

Esto podría parecer un voto a favor de la posición centrista o del mutuo acuerdo, pero no lo es. Las mejores ideas para crear políticas comienzan a menudo en los márgenes radicales y no en el cómodo centro, y hay ciertos temas en los que nunca se deben hacer concesiones. El objetivo de la retórica, definida de esta forma tan amplia, no es el mutuo acuerdo o el centro como tal (Carlomagno no era precisamente un demócrata liberal), sino un contexto de entendimiento compartido en el cual se puedan aislar y afrontar los desacuerdos.

Pero la historia nos enseña que lo que se puede aprender también se puede olvidar, y lo construido se puede destruir. En el caso de la retórica, a lo largo de los siglos perdimos de vista ciertas verdades sobre la sociedad y la política que eran evidentes para un emperador que cortaba cabezas en la batalla y un monje itinerante, sentados ante el fuego, en las profundidades de la Edad Oscura.

Nuestra noción de la retórica se redujo al punto de que llegamos a creer que se trataba solo de “buena oratoria” y, gracias a que ahora poca gente escucha



discursos, que era política y socialmente irrelevante. Ya no nos parece necesario enseñar a los jóvenes a comprender y formular argumentos, o desarrollar las facultades críticas necesarias para juzgar qué y a quién creer, o no creer, tanto en la política como en la vida.

La retórica que resucitaron Carlomagno y Alcuino era antropológicamente realista. Comprendía que, como Aristóteles había enseñado, el contenido intelectual del lenguaje público, los hechos, la argumentación sistemática –Aristóteles le llama *logos*– son importantes. Y reconocía que la persuasión de un grupo determinado de oyentes depende también del contexto emocional: la impresión que da el hablante, *ethos*, y el ánimo y la reacción de los oyentes, *pathos*.

Pero durante la Ilustración, y de manera posterior, esa concepción empezó a ser cuestionada por tendencias opuestas. Llamemos a la primera el *hiperracionalismo*, la creencia de que lo único importante en el lenguaje público es el *logos*, o la razón (es decir, una aplicación casi científica de la lógica y la argumentación inductiva a la evidencia), y que se le debía restar importancia a la emoción tanto como fuera posible.

Los hiperracionalistas no confían en la retórica por la misma razón que Platón: temen que permita que un orador sin escrúpulos active los resortes emocionales de su público para que un mal argumento parezca un buen argumento. Podemos pensar que los herederos

de esta tendencia racionalista son las élites tecnócratas y muchos –aunque claramente no todos– miembros del *establishment* político actual.

Frente a ella está la tendencia que en mi libro llamo *autenticismo*.

Lo que más importa a los autenticistas es la identidad y los valores compartidos de una comunidad dada, y el mejor orador es el que entiende y expresa con mayor exactitud las necesidades emocionales, incluso espirituales, de su comunidad. En otras palabras, el *ethos* y el *pathos* lo son todo y ahora le toca al *logos* ser marginado.

Como hemos visto, los autenticistas pretenden hablar el mismo lenguaje sencillo de la gente que aseguran representar. Para ellos, “retórica” es un insulto, reservado para el discurso de aquellos que consideran enemigos de su comunidad –lo que a menudo significa aquellos que privilegian los hechos y el argumento por encima de lo que los autenticistas ven como una verdad emocional y narrativa más profunda.

Los autenticistas más notables de la historia fueron los dictadores fascistas de los años treinta. Pero los populistas insurgentes europeos y americanos de hoy, incluyendo a Donald Trump, también presentan tendencias autenticistas.

Este modelo del hiperracionalismo y autenticismo es útil para entender cómo llegamos aquí y cómo

podemos comenzar a sanear las aterradoras divisiones que quedaron al descubierto en 2016.

En primer lugar, creo que el filósofo Michael Sandel tiene razón: las élites tecnócratas y liberales del mundo occidental no escucharon a los ciudadanos comunes. Si por “escuchar” entendemos “escuchar, hablar con seriedad y responder”, se puede decir que han perdido el arte de escuchar.

Recopilar y analizar datos no es lo mismo que escuchar, aunque a menudo los líderes políticos y empresariales, y sus asesores, piensan que son lo mismo. Tampoco lo es decirle a la gente que sus vidas están mejorando económicamente cuando ellos no perciben que sea así. Ni advertirles de un futuro que parece ajeno a su propia experiencia. “Ese maldito PIB es suyo, no nuestro”, como le dijo una mujer al profesor Anand Menon cuando había hablado de las potenciales consecuencias económicas del Brexit en Newcastle.

Y las élites racionalistas olvidaron otra verdad desagradable: que una discusión se gana, en realidad, no cuando nos hemos convencido a nosotros mismos y a nuestros amigos, sino cuando hemos persuadido al adversario, o al indeciso genuino, de los méritos de nuestro punto de vista.

En décadas recientes, las élites consideraron algunas políticas tan obviamente beneficiosas que no era necesario defenderlas. El libre comercio es un buen ejemplo. No cabe duda de que —para la mayoría de los economistas, los empresarios y los miembros educados del público— el argumento a favor del libre comercio es evidente. Pero para los ciudadanos comunes, preocupados por el empleo y el futuro de sus hijos, es mucho menos obvio. No sé lo fácil que habría sido convencer a los seguidores de Donald Trump de los méritos del libre comercio. Lo que sí sé es que nadie hizo el esfuerzo.

Otras discusiones se han evitado de forma deliberada. Durante décadas, y pese a la creciente inquietud del público, las élites han rehuído el debate abierto sobre la inmigración, por miedo a que alentara el racismo. Esta supresión hizo que apenas se oyeran los argumentos sociales y económicos positivos acerca de la inmigración.

La élite tecnócrata de Estados Unidos y la mayoría de los ciudadanos educados de este y cualquier otro país están convencidos del consenso científico que dice que, casi con total certeza, la actividad humana es la causa del calentamiento global. Yo también. Pero no estoy convencido de que la mejor manera de persuadir a los demás sea impedir que se oiga a los escépticos del calentamiento, como han defendido varios científicos. Lo mismo con el tema de la seguridad de las vacunas.

2016 demostró que los intentos hiperracionalistas de manipular y cerrar los debates públicos no son

solo moralmente sospechosos, sino *totalmente ineficaces*. Ignoran la realidad de la naturaleza humana, y no funcionan. Lejos de convencer a quienes no están convencidos, incrementan sus sospechas y resentimiento.

A menudo se justifica la corrección política, el intento de eliminar el discurso y la escritura ofensivos y cargados de odio, diciendo que tenemos el deber colectivo de proteger del daño y la aflicción a los grupos vulnerables. Creo que tenemos ese deber, pero que debe ejercerse a voluntad, no se le puede *imponer* a la población (y el intento de hacerlo crea más problemas de los que resuelve).

La corrección política no ha logrado que el racismo y otras formas de prejuicio desaparezcan y quizá los ha empeorado. Mientras que, no cabe duda, se han valentado a causa del abrupto cambio a miembros de algunas minorías contra el daño inmediato, la reacción que ha suscitado en muchos países occidentales ha dejado a ciertas minorías en una posición más vulnerable que antes. Y ha permitido que algunos miembros resentidos y enojados de la población que es mayoría no solo se *presenten* a sí mismos como víctimas, con la esperanza de una preferencia económica y política, sino que también se *sientan* genuinamente víctimas.

Negarse a escuchar; dar por sentados algunos debates mientras se evitan otros; tratar a los ciudadanos comunes como si fueran demasiado estúpidos para entender las decisiones políticas y se les tuviera que sobornar, atemorizar o engañar para que estén de acuerdo; o como si no fueran otra cosa que puntos de información que hay que manipular para obtener una ventaja política o en apoyo a un bien común teórico. La acusación no es que las élites racionalistas sean directamente responsables de las fuerzas oscuras que ahora intervienen en la política occidental, sino que permitieron que se abriera un vacío de empatía y comprensión: ese es el vacío que esas fuerzas oscuras están llenando.

Por supuesto, no todo lo que ha sucedido es oscuro. El euroescepticismo es una corriente legítima y de larga tradición en la vida política del Reino Unido y los británicos tienen tanto derecho a dejar la Unión Europea como en un principio lo tuvieron para formar parte de ella. El público estadounidense tiene derecho a votar a quien quiera para que ocupe la Casa Blanca.

Pero la intolerancia, la ira y la amarga división son también parte de la historia del 2016. Los ataques antisemitas, así como otros ataques racistas, tanto físicos como retóricos, se han incrementado en muchos países occidentales y, al parecer, los atacantes han tomado valor por el abrupto cambio de la marea política. Las comunidades de inmigrantes y los miembros de las minorías étnicas y de otra naturaleza sintieron, y aún sienten, una nueva vulnerabilidad y temor. El ánimo político se ha vuelto horrible en muchos países. En Estados Unidos,

al menos a nivel federal, la posibilidad de encontrar un terreno común para la izquierda y la derecha, que durante la administración de Barack Obama era una llama débil, se ha apagado por completo.

Muchos ciudadanos que eran razonables han aceptado una visión apocalíptica y desesperada de sus propias sociedades, la visión del póster antiinmigrante de Nigel Farage con la leyenda “Punto de ruptura” o de la “matanza estadounidense” de Trump.

Se trata de una visión que exagera y generaliza hasta el punto de la locura los muchos problemas reales que la gente común enfrenta en nuestras sociedades. La historia nos dice que, cuando esas visiones falsas pero convincentes se implantan ya solo el diablo las puede disipar. Y que las pueden utilizar líderes políticos sin escrúpulos para justificar casi cualquier cosa.

La advertencia que hacía Adam Gopnik en Radio 4 parece cierta: “el ascenso de Trump se debe al despertar de pasiones profundas y atávicas de nacionalismo y odio racial entre millones de estadounidenses”. Aunque no nos cuenta toda la historia sobre la naturaleza humana. Creer en la democracia es creer que estamos imbuidos no solo con un potencial inmensamente destructivo sino con aquello que los griegos llamaron *phronēsis* o *sabiduría práctica*.

Esta sabiduría, combinada con un lenguaje público efectivo, permite un proceso de deliberación colectiva y de toma de decisiones que nos da la mejor oportunidad para canalizar nuestras ideas y pasiones, y construir una sociedad mejor, más justa y más unida, en lugar de sumirnos en la recriminación y el conflicto.

Los mismos griegos comprendían que la *phronēsis* no era una garantía de paz y orden: a veces las democracias hacen cosas locas y malvadas. Pero el hecho de que un voto no vaya en la dirección que te gustaría o de que pasen largos años en los que creas que tu gobierno, elegido democráticamente, se encamina al desastre no justifica abandonar la creencia en la sabiduría práctica, no solo en la de aquellos que concuerdan contigo, sino en la de aquellos que no.

La única alternativa a una democracia basada en este respeto colectivo es alguna forma de tiranía, encabezada por aquellos que piensan en sí mismos como Próspero, o por Calibán y sus amigos. Desgraciadamente, ese sentido de respeto mutuo en el que, en última instancia, está basada una democracia exitosa escasea gravemente en la actualidad.

Para decir lo obvio: no podemos reconstruir la confianza en la democracia y volver a unir a nuestras sociedades si nos dividimos. No debe significar una disolución de los valores fundamentales, sino un esfuerzo mucho mayor para comprendernos y comunicarnos.

La tempestad, de William Shakespeare, que con trapone a Próspero y Calibán, no acaba en catástrofe sino en perdón y reconciliación, incluso entre enemigos jurados. Al terror y al dolor los sucede la esperanza. Como dice Fernando: “Aunque los mares amenazan, compasivos son. / Sin razón los he maldecido.”

Por tanto, ¿qué nos hará falta para redirigir nuestra política hacia el camino de la reconciliación? La humildad para tratar a todos, incluso a los oponentes políticos, como si valiera la pena escucharlos.

El reconocimiento de que el único tipo de lenguaje público que puede unir a una sociedad es uno que combine el respeto por la evidencia y la argumentación racional con la empatía genuina.

La determinación, no para llegar a un acuerdo mutuo sino para interactuar con aquellos que no están de acuerdo con uno y para seguir desarrollando la argumentación sin importar cuánto cueste hasta convencer a tu interlocutor.

La resistencia implacable ante toda forma de censura, oficial o no, y un compromiso para no alentar la intolerancia y el odio de manera clandestina sino confrontarlos y argumentar en su contra en público.

Y, finalmente, el valor para asegurarnos de que los hechos sean escuchados. En gran parte del mundo, los gobiernos y otros poderes fácticos ocultan los hechos reales y promueven su versión alternativa de la realidad. Ahora hay fuerzas poderosas en nuestros propios países que quieren hacer lo mismo.

Pero no se puede reconstruir nada, mucho menos un lenguaje público sano, basándonos en mentiras, medias verdades y teorías de la conspiración. Ha llegado la hora de que todos nosotros defendamos los hechos. Eso incluye a *The New York Times* y al resto de los medios responsables, pero también a los lectores.

El periodismo que se toma en serio la búsqueda de hechos es caro. Si lo valora, ayude a pagarlo suscribiéndose a un diario o revista, impresos o digitales. Pida a los políticos que ha elegido que consideren y apoyen a los diarios en los que usted confía para conocer la verdad.

Y tenga en cuenta las lecciones de Carlomagno. Enseñe a sus hijos a escuchar, a saber cuándo alguien está tratando de manipularlos, a distinguir los buenos argumentos de los malos, a pelear desde su trinchera con claridad y honestidad. En otras palabras, enséñeles retórica. —

Traducción del inglés de Roberto Frías.

Fragmento de la conferencia John Donne de 2017.

La versión completa de este texto aparecerá en nuestra página web (www.letraslibres.com).

MARK THOMPSON fue hasta 2012 director general de la BBC y en la actualidad es CEO de *The New York Times*. Debate puso en circulación recientemente *Sin palabras. ¿Qué ha pasado con el lenguaje de la política?*